

SIDA: TESTIMONIO DE UN AFECTADO

Guillermo SIDA ☐ STUDI

Associació de Servei i Documentació

Aún a riesgo de resultar enternecedoramente ingenuo, frente a gente con tanta experiencia y formación técnica como mis compañeros de mesa, voy a intentar testimoniar de la manera más cándida posible lo que ha sido mi vivencia como persona afectada por el VIH. Creo que es la mayor aportación que puedo hacer a esta mesa redonda.

Cuando fui diagnosticado como portador en agosto del año pasado, yo creía que no conocía ni un sólo seropositivo. Esto no es verdad, por supuesto, ya que el virus no lo encargué por correo. Sólo quiere decir que mis amigos no han querido hacerse la prueba de anticuerpos. Y no me extraña. El VIH/SIDA ha adelantado al cáncer, la homosexualidad y la muerte en el hit parade de lo nefando. En retrospectiva, no me imagino cómo se me pudo ocurrir hacerme la prueba. Yo, como todo el mundo, tenía firmemente grabado el mensaje de los medios de comunicación: VIH/SIDA=MUERTE. Mi respuesta a mi diagnóstico fue preguntarle al médico cuánto me quedaba de vida, e ir preparando mi muerte. Siempre tuve terror a la idea de estar enfermo, así que decidí que viviría al máximo los cuatro o cinco años que me quedarán como asintomático, y después me suicidaría. El plan tenía su encanto, pero no pasaron ni tres semanas antes de que el médico me comunicara que ya era sintomático, y que necesitaba medicarme urgentemente. Ahí me di cuenta que es verdad que la esperanza es lo último que se pierde, y que yo iba a luchar hasta el final por conservar mi vida.

"To fight for your life"; luchar por conservar tu vida... la verdad es que en castellano es mucho menos expresivo, pero en cualquier caso resume mi vida en este momento, y la de mis compañeros en esta enfermedad. La mayoría de las personas afectadas por el VIH tenemos entre 18 y 28 años, y tenemos que luchar no sólo para alargar nuestro tiempo de vida lo más posible, sino para hacer que ese tiempo realmente valga la pena vivirlo. Para alguien que no se encuentre en esta situación comprender esta lucha es difícil y compartirla, casi imposible.

En marzo estuve en Madrid, en el congreso sobre el SIDA. En el palacio de congresos hay unos ascensores muy modernos, con puertas de cristal ahumado. Se me ocurrió coger el ascensor para subir un piso, y tuve el placer de pasarme veinte minutos atrapado. Yo me hartaba de dar al timbre de alarma, pero la gente que pasaba tenía mucha prisa. Yo los veía pasar corriendo para no llegar tarde a la ponencia de la tarde y sabía que yo me podría haber estado muriendo, que no por eso se iban a parar. Yo evidentemente, me puse furioso, y en la rabia que me dio en ese momento reconocí el sentimiento que me había oprimido durante meses después de saber mi diagnóstico, y que todavía me arrolla de vez en cuando. Estar afectado por el VIH se parece mucho a estar atrapado en un ascensor con puertas de cristal. Lo más desesperante no es ver cómo te arrancan la vida a pesar de tus mejores esfuerzos, sino ver cómo el conjunto de la sociedad sigue con sus preocupaciones de siempre, con la más absoluta

indiferencia. Decir que la sociedad está haciendo todo lo que puede contra el SIDA es ridículo. La sociedad ha demostrado de qué es capaz cuando ha montado una Operación Manhattan, o una Operación Tormenta del Desierto. Su esfuerzo en la lucha contra el SIDA palidece de insignificancia si se compara con los recursos que dedica al armamento.

Las personas no afectadas que trabajan como voluntarios con enfermos de SIDA se quejan a menudo de reacciones de rechazo por parte de las personas afectadas. Teneis que comprender que difícilmente podemos identificarnos con personas que representan a ese grueso de la sociedad que entiende el SIDA como la enfermedad "de los otros": de los yonquis, de los maricones, de las putas, pero nunca como algo suyo. Recordemos lo que dijo el senador americano Jesse Helms al declarar su oposición a que se destinaran fondos federales a la investigación sobre el SIDA: "Dado que el SIDA es un problema de la comunidad homosexual, debe ser esa misma comunidad la que desarrolle los recursos para solucionarlo". El virus traspasa cada vez más las barreras sociales, pero las ideas parecen ir algo más lentas.

No quiero que nadie piense que estoy diciendo que la seronegatividad invalida una persona para trabajar con enfermos de SIDA. Hay muchas personas que han vivido muy de cerca la enfermedad, y han sentido la rabia y la desesperación de ver morir personas jóvenes llenas de ganas de vivir. Estas personas han sabido compartir algo del dolor que trae consigo esta enfermedad.

A mí la compasión no me sirve de nada. De repente me encuentro con que parientes lejanos y conocidos a los que nunca he soportado me llaman, y no sólo consideran que tienen derecho a hacerlo, sino que además creen que me hacen un favor... todo ello porque en mi sangre corre un virus. Sí necesito, en cambio, saber que no soy el único que arrastra esta carga, que alguien lucha conmigo, en "mi equipo". Más que ayudar, creo que se trata de saber compartir.

Guillermo Valverde